

## LA CONVERSACION ESPIRITUAL, INSTRUMENTO APOSTOLICO PRIVILEGIADO DE LA COMPANIA

### Introducción

El lenguaje ignaciano es muy formalizado. Obedece a una peculiar economía expresiva que tiende a cincelar los conceptos con precisión y sobriedad. El examen de la *Concordancia ignaciana* de Ignacio Echarte nos muestra que cuando un lema aparece de modo muy recurrente es porque se trata de un lema de largo uso común, o porque obedece a una intencionalidad expresiva propia.

Los términos “conversar” y “conversación” entran de lleno en esta segunda característica. Son usados en la literatura ignaciana con una insólita frecuencia: En el conjunto de sus obras la raíz “conversa” en su doble grafía (“conuersa” y “conversa”) aparece 39 veces, y en el epistolario 316 veces. Ninguna semántica de uso alargado justificaría tal recurrencia en San Ignacio tan poco amigo de referirse a la conversación en términos genéricos o de practicarla de un modo irreflexivo o fútil.

Estamos ante un **concepto típicamente ignaciano**, usado sin desmayo tanto en la literatura fundacional de la Compañía, como a lo largo del epistolario en todo el arco cronológico que este abarca. Más aún, constituye **un término técnico que designa un método apostólico esencial al carisma ignaciano**.

**Aproximación semántica: Del uso común al término técnico**

En el uso actual el sentido del verbo “conversar” es más inespecífico que en el castellano del Siglo de Oro. Es más bien sinónimo de un trato o de una comunicación más o menos directa entre dos o más personas<sup>1</sup>. Quizá podría evocar un elemento temático, por cuanto apunta tácitamente a un argumento o a una intencionalidad que da sentido al ámbito comunicativo cocreado entre los que conversan: Conversar *sobre...* Mientras que su sinónimo “dialogar” apunta más bien a la alteridad del hecho comunicativo: Dialogar *entre...*

El diccionario de Sebastián de Covarrubias publicado en 1611 es el instrumento más útil para acercarnos al castellano del tiempo de San Ignacio. En él se define “Conversar” como Atratar *urbanamente...* un trato *apacible...* una comunicación entre *amigos...* Es decir apunta a una comunicación de una cierta calidad interpersonal. Un trato cercano, amical, dotado de un cierto grado de intimidad.

El Diccionario de Autoridades de 1729 lo hace provenir del latín *conversari*. Esta etimología aclara la semántica convivial señalada por Covarrubias. Efectivamente, el verbo latino medieval *conversor* va perdiendo su original significado de “girarse”, o “volverse”, hacia una connotación de relación profunda en la que se comparte la vida misma (cohabitar, relacionarse íntimamente o mantener compañía)<sup>2</sup>.

Para entender el significado ignaciano de este lema, tanto en su forma verbal como sustantivada, podemos tomar como paradigma su uso en las *Constituciones*. No en vano en esta obra alcanza el lenguaje ignaciano su máximo nivel de formalización.

Conforme a su uso epocal, la *conversación* tiene sin duda para Ignacio una connotación de hondura de trato, de cierta familiaridad e intimidad. Designa el trato con personas muy allegadas por parentesco o por afinidad afectiva (*deudos* y *amigos*)<sup>3</sup>, o el modo especialmente familiar que a este tipo de relación se le asimila<sup>4</sup>.

En el proceso de admisión del candidato a la Compañía, Ignacio establece una primera probación que tiene un carácter externo. Se trata de un primer contacto entre el candidato y la Compañía, que discurre fuera de la vida de comunidad propiamente tal. Es una situación de

breve transición que dura una o dos semanas. En ella el candidato ya ha dejado su vida y habitación precedente, pero no ha sido aún incorporado completamente a la vida de la comunidad religiosa. Esta admisión, que señala el paso a la larga segunda probación a partir del noviciado, Ignacio la designa como el paso a “conversar y cohabitar”<sup>5</sup>. La conversación constituye el núcleo diferencial de la cualidad del trato cercano y fraterno de quienes, además de vivir bajo el mismo techo, comparten la vida con un propósito común. Por ello Ignacio a ella se refiere cuando quiere señalar la invitación a un trato de especial cercanía y autenticidad dentro de la comunidad, o con los formadores. O, por el contrario, cuando recomienda un distanciamiento pedagógico con el universo afectivo que el candidato deja a su espalda, o con la necesidad de no entrar en confianzas sino con aquellos que podrán ayudarle más derechamente en el nuevo camino emprendido.

Con todo, la frecuencia de uso del término y su homogeneidad contextual ponen de manifiesto que tiene carta de ciudadanía de un término técnico propio del pensamiento de Ignacio. Éste acuña la expresión *conversar según nuestro instituto*<sup>6</sup>. Esta expresión no se refiere sólo a un modo peculiar de relacionarse sino a una dimensión característica y esencial de la Compañía. En función de ella Ignacio establecerá particulares exigencias de la selección de candidatos, de la formación y de nuestro modo de proceder, incluso en los aspectos más externos *por la conversación que en nuestro instituto y modo de vivir se requiere con próximos*<sup>7</sup>.

Ya en los Ejercicios Espirituales había dejado el autor traza de la densidad antropológica y teológica de su inteligencia de esta actividad tan exquisitamente humana. En el segundo Ejercicio de la primera semana, centrado sobre la historia de los propios pecados, para ayudar al ejercitante a verificar su incoherencia histórica se le propone una regla nemotécnica que supone *mirar el lugar y la casa adonde he habitado, la conversación que he tenido con otros, el oficio en que he vivido* (EE 56). El marco en el que se avalúa la vida moral del sujeto tiene un carácter relacional. La vida teologal del sujeto se verifica en el marco de sus relaciones interpersonales. No podía ser menos por cuanto la personidad del sujeto humano, o elemento diferencial de su ser persona, es precisamente capacidad de relación. Más aún, de los tres elementos

señalados en dicho examen, el primero y el último son más bien convencionales, indican una situación de hecho. Es sobre todo en el segundo, en la conversación, donde se verifica la calidad relacional del sujeto, y donde se evidencia su madurez cristiana y moral.

En el apéndice de guiones para contemplar otros misterios de Cristo que se proponen al final de los Ejercicios, la 130 aparición recoge el amplio sumario de apariciones descritas en 1Cor 15,5-8. Al final, a modo de resumen de todas las manifestaciones del Resucitado, señala: *muchas vezes apareció a los discípulos, y conuersaua con ellos* (EE 311). Después de su Resurrección Jesús vuelve a entablar una relación cordial, íntima y directa con los suyos. En la calidad relacional de esta inmediatez, que se universaliza por la fuerza del Espíritu, está precisamente la fuerza del evento salvífico por excelencia, que hará del Señor Jesús compañero permanente de los discípulos de todas las épocas.

### Los sumarios de la acción apostólica propia de la

#### Compañía:

#### El polo del vis a vis

Cuando decimos que la *conversación* es un término técnico ignaciano, nos referimos naturalmente a la conversación *espiritual*. Escribiendo a su hermano Martín en 1532 le explica su completa dedicación en París al estudio y al apostolado con *estudios y muchas conuersaciones*, apresurándose a precisar sobre estas últimas: *mas no temporales* (8). Para aclarar este extremo, frecuentemente usa los adjetivos: pías, buenas, espirituales, edificativas, convenientes... Solamente que, al tener para Ignacio todo trato humano de cierta hondura una intencionalidad apostólica, el término mismo sin adjetivar acaba por significar habitualmente un tipo de relación que servirá al crecimiento de los interlocutores según el Espíritu de Cristo.

Como es sabido S. Ignacio emplea una expresión genérica para designar la acción apostólica de los miembros de la Compañía orientada a los sujetos: *ayuda de las almas*, o *ayuda de los prójimos*. Según la Formula del Instituto el fin principal de la Compañía es la defensa y propagación de la fe y el provecho de las almas en la vida y doctrina

cristiana (...*ad fidei defensionem et propagationem et profectum animarum in vita et doctrina Christiana*, FI,1). Siguiendo el típico orden intelectual ignaciano de clarificar y establecer la respectiva pertinencia de fines y medios, a continuación describe el repertorio de acciones apostólicas propias de la Compañía. Se trata de los *medios* apostólicos propios que han de privilegiarse. Se citan concretamente: la predicación, la enseñanza, los otros ministerios de la Palabra de Dios, la catequesis a niños e ignorantes, la confesión y la administración de sacramentos, la reconciliación de los desavenidos y el servicio a los encarcelados y a los pobres en los hospitales, y las restantes obras de caridad<sup>9</sup>.

En el despliegue de medios citados se alcanza a percibir el carácter integrador y complejo que tiene para Ignacio la aplicación al provecho de los hombres. Su objetivo es fundamentalmente espiritual, mas no espiritualista. Es la ayuda al hombre entero según el espíritu del Señor que predicó, curó y dió de comer<sup>10</sup>.

Mucho se ha discutido sobre la interpretación del fin apostólico y de los ministerios propios de la Compañía según el pasaje citado de la Fórmula, sobre todo acerca del peso que se le da a la parte introducida por el *nihilominus*. Tengo para mí que San Ignacio no formula *dos* fines, por mucho que al segundo se le considere co-sustancial. La *forma mentis* del autor del Principio y Fundamento era más bien dada a la formulación simple del fin. Es en la amplitud de la descripción de los medios apostólicos donde queda manifiesto el carácter integrador y complejo del fin apostólico de la Compañía. Una perspectiva apostólica que por su carácter radicalmente evangélico no se aviene a ningún reduccionismo: ni de corte espiritualista, ni proclive a un mero asistencialismo social. Tanto más que para Ignacio la selección de los ministerios más explícitamente espirituales, realizada en función de los sujetos, ha de privilegiar a los más desfavorecidos<sup>10</sup>. Y, a su vez, la atención a los pobres, acudiendo directamente a la forma concreta de su pobreza (carencia de bienes, de salud, de libertad...), debe mirar también de procurarles, cuando sea posible, los auxilios espirituales<sup>11</sup>.

¿Por qué no cita S. Ignacio en la Fórmula la ayuda a los demás a través de la conversación espiritual? No hubiera sido lo lógico según su mentalidad sobre este extremo tantas veces atestiguada? Se me ofrece esta razón: Al tratarse del primer documento jurídico que sintéticamente

define, presenta y aprueba el Instituto de la Compañía, quizá Ignacio eludió la inclusión de una expresión, sumamente significativa para él, pero poco reconocida en el lenguaje canónico descriptivo de los diversos ministerios.

En cualquier caso es claro que los diversos elementos del “repertorio apostólico” de la fórmula están en muchos pasajes vinculados al ejercicio de la conversación. Así por ejemplo la confesión, los ejercicios, el trato directo con las personas acudiendo a cualesquiera de sus necesidades, el ministerio de la reconciliación, etc...

Con una relativa frecuencia encontramos en la literatura ignaciana lo que he venido en llamar “sumarios del modo apostólico de proceder de la Compañía”. Se trata de indicaciones sumarias de los modos propios de la Compañía de ayudar a las personas. La Fórmula es el primero de ellos. Aparecen después en las Constituciones. Por ejemplo cuando se advierte que los escolares no deben tomar ministerios pastorales que les impidan el estudio *en conversaciones, confesiones y otras ocupaciones con próximos.* (Cons[362])<sup>12</sup>.

Estas alusiones abundan en el epistolario<sup>13</sup>. Su finalidad es varia: presentar el modo de ser de la Compañía a los externos, exhortar a los jesuitas a los ministerios que le son propios, asegurar la formación adecuada para ejercerlos, dar reglas de discernimiento para su aplicación, advertir de sus riesgos, etc... Se citan los siguientes:

- ~ La conversación espiritual;
- ~ La administración de los sacramentos, especialmente la confesión y la Eucaristía;
- ~ La práctica de los Ejercicios Espirituales;
- ~ La predicación;
- ~ La enseñanza teológica y la catequesis;
- ~ La asistencia a los pobres y necesitados, sobre todo en las cárceles y hospitales.

Es decir, se trata básicamente del mismo elenco de medios citados en la fórmula, más la conversación espiritual. Y, curiosamente, ésta última

es la que más se repite en dichos pasajes.

Para conocer el lenguaje ignaciano resulta de particular importancia rastrear los “dobletes”, es decir, los grupos binarios de sinonimias frecuentes. La conversación espiritual va asociada con mucha frecuencia a la confesión y a los ejercicios espirituales. De suerte que los sumarios, por cuanto respecta al método de los medios propuestos, se pueden dividir en dos polos: Uno más masivo, social y público (predicación y lecciones) y otro más directamente personal (confesiones, ejercicios espirituales y conversación espiritual).

La visión ignaciana de la acción apostólica de la Compañía no permitiría exclusivizar ninguno de estos dos grandes bloques. En continuidad con los grandes fundadores tardomedievales y de la tradición eclesial Ignacio insistió en la importancia de la predicación. Sobre todo una predicación autenticada con la propia vida. También insistió en la importancia de la formación doctrinal tanto por lo respecta a la formación del apóstol como en su cualidad de maestro que ayuda a otros. Precisamente porque fué testigo del enorme desgarramiento eclesial que produce el error, y sus consecuencias devastadoras para la salud del mismo individuo. S. Ignacio fué desde esta perspectiva el portaestandarte de una reforma eclesial santa e inteligente a la vez. Además de estas consideraciones, el polo social de la acción apostólica de la Iglesia incide directamente en el bien más difusivo y universal que constituía un criterio ignaciano fundamental de selección de ministerios.

Con todo quizá podría afirmarse desde una perspectiva histórica que probablemente la mayor novedad en la concepción ignaciana de la ayuda a los demás se sitúe en el polo del *vis a vis*, en el polo de la relación de ayuda personal directa.

En este polo la práctica de la conversación tiene un puesto de particular relevancia por su carácter más universal y por su flexibilidad. Efectivamente es la ayuda que se puede dispensar más a la mano en todo encuentro personal. Y a su vez es el tipo de relación más adaptativa a la efectiva capacidad y disposición del sujeto. En tal suerte que encierra una gran variedad de modalidades. Podríamos decir que en la perspectiva ignaciana la conversación espiritual resume las virtualidades de una acción apostólica personalizada.

### La eficacia apostólica de la conversación espiritual

Tal y como la aconseja Ignacio, la conversación, en la perspectiva de una acción apostólica de conjunto, tiene un carácter introductorio y también un carácter nuclear. Aunque este doble carácter no se aplica a las mismas personas en el mismo momento. Podría decirse que la conversación de alguna manera es la puerta, pero a su vez el culmen de acción apostólica según el carisma ignaciano.

Por una parte la conversación es el primer modo de aproximación a la persona a la que se desea todo bien. Es el modo inexcusable de acceder al universo del otro para alcanzar un cierto grado de conocimiento personal suyo. De tal suerte que a partir de ese conocimiento se le pueda prestar o sugerir la ayuda más pertinente, o se pueda entablar con él el tipo de relación que más provechosa podrá resultarle. Los medios apostólicos -ministerios- se aplican en la perspectiva ignaciana según un principio general de adaptación que parte de un conocimiento personal y directo del sujeto.

Esta conversación inicial tiene también una finalidad exhortativa: Trata de impulsar al sujeto a servirse del resto de los medios que el apóstol por sí o por otros puede ofrecerle de la más fiable farmacopea espiritual (14). Los mejores ejercitantes que Ignacio tuvo, empezando por el núcleo de los primeros compañeros, cuyas vidas quedarían decisivamente marcadas por la experiencia de los Ejercicios Espirituales, comenzaron, mucho antes de adentrarse en ese camino intensísimo de evangelización, a ser tratados por Ignacio en conversaciones espirituales. Las acciones apostólicas más eficaces y duraderas, como la práctica de los Ejercicios Espirituales, la búsqueda y selección de candidatos para la Compañía, la búsqueda de escolares capaces y disponibles para los Colegios de la Compañía, la orientación a la práctica de los sacramentos y otros medios que conducen a una vida cristiana vigorosa, etc., tuvieron siempre como origen una conversación espiritual. Partieron del estímulo de un encuentro personal, donde el propio sujeto se viera concernido por la bondad de una propuesta que tocaba el núcleo de su libertad.

La conversación tiene también un carácter nuclear o radical. Es decir constituye el término de un itinerario apostólico realizado en profundidad. Esta forma de conversación, que se funde con los Ejercicios



Espirituales, o está profundamente ligada a ellos, señala un tiempo de interacción especialmente cualificado y denso. En él la persona es ayudada a emprender una nueva vida, a asumir nuevas decisiones o a consolidar un proceso de evangelización que atraviesa por una fase de intensa apropiación personal. En este sentido, cabría decir, que la pedagogía ignaciana no se detiene en el marco de una interacción social del agente apostólico, sino que contempla como coronamiento de un proceso particularmente transformante del individuo y de su configuración como servidor de los hombres en la Iglesia, una etapa de ayuda personal. En ella el sujeto busca, define, confirma y desarrolla la propia posición de su libertad ante Dios y ante sus hermanos. Esta práctica más metódica e intensiva de la ayuda personal se practica en los mismos Ejercicios espirituales, o se dispensa antes, después o en vez de ellos. Se acerca más a lo que habitualmente llamamos acompañamiento o dirección espiritual.

La virtualidad apostólica de la conversación queda pues definida por la práctica ignaciana desde esta doble vertiente: Por una parte es el instrumento primero de aproximación del mensaje del evangelio: Un acto paciente y amoroso que nos hace prójimos en sentido evangélico: Es el impulso de proximidad que dicta el amor. Constituye una mediación indispensable para que el sujeto pueda sentirse concernido por la Buena Noticia, en el marco de una relación desprovista de cualquier otro interés que no sea el de su propio bien.

La conversación ulterior, si se produce, de carácter más metódico y disciplinado, es una mediación, a su vez indispensable, que mira a la íntima apropiación de la invitación de Cristo. Toda vez que esta apropiación se autentifica y consolida en una nueva posición de la propia libertad. Es una mediación que se irá haciendo innecesaria en la medida que la persona quede refundada en aquello que constituye su núcleo vocacional: La llamada de Cristo a amar y servir a Dios y a los hombres.

La virtualidad apostólica de la conversación está pues al servicio del proceso de personalización. Este proceso constituye un momento permanente y sustantivo de la fe cristiana, que consiste en un encuentro personal con Cristo, que polariza la persona en una relación de amor,

cuyo valor es muy superior a su misma vida y a cualquier otra adhesión.

Reivindicar la importancia de este instrumento apostólico se hace hoy particularmente necesario. El desvalimiento interior de los individuos, que han crecido en un ambiente familiar y social escaso de valores sustantivos y deficiente de una adecuada nutrición afectiva los hace más vulnerables. Quizá por ello pueda tener un mayor reclamo un tipo de evangelización tal que les proporcione una seguridad externa a través de un férreo vínculo de grupo, y/o a través de un sistema de pensamiento de tipo ideológico, esto es simplificado, que pretenda dar una respuesta a todos sus interrogantes. Estos caminos, más eficaces a la corta, crean más adeptos que verdaderos discípulos. Individuos que tratan de afirmarse un poco adolescencialmente contra lo diverso, que se parapetan en un esquema de pensamiento y de comportamiento tanto más rígido cuanto más insegura es su apropiación del evangelio.

El interacción social y la propiciación de ambientes de mayor calidad humana y cristiana son ciertamente indispensables en la misión de la Iglesia. Pero la evangelización no se abre camino a golpe de slogans por los meandros que conducen al núcleo de la libertad del individuo. Ese momento personalizador seguirá estando normalmente mediado por el encuentro paciente y amoroso de alguien que movido por mi propio bien se me haga de tal suerte próximo que me reconduzca a su misma fuente que es Cristo.

Produce pasmo el vigor apostólico de la Compañía desde sus orígenes. Desde la afirmación de la fe católica en los países amenazados por la reforma, hasta la primera evangelización llevada por Javier hasta el extremo confín de oriente, pasado por una ayuda sustantiva a la reforma eclesial en su cabeza y en sus miembros. Todo empezó por la calidad de una conversación amical entre tres compañeros en una pequeña pieza del colegio de Santa Bárbara de París... Y todo siguió a través de horas infinitas de conversación personal, antes y después de los sermones y de las lecciones magistrales, en la que los compañeros de Jesús destilaban una palabra paciente y amorosa que hacía apetecer la misma fuente inexhaustible de la que ellos habían bebido primero.

#### **Los dos niveles de aplicación: El más universal y el más**

específico.

### Un modo de conversar universal y selectivo a la vez

“cerca de la posible Aselectividad” de la conversación encontramos algunas afirmaciones aparentemente contradictorias. Por una parte San Ignacio la señala como un camino de acceso universal: La conversación se alarga a “muchas personas”<sup>15</sup>. Más aún los presenta como el medio apostólico que está al alcance de todos<sup>16</sup>.

Por otra parte, esta amplitud no es un criterio absoluto. En otros lugares nos encontramos un planteamiento más selectivo: *La conversación espiritual no puede extenderse a todos* (Ep. VII, 269). Esta restricción se basa en un doble criterio: Uno objetivo por parte del jesuita, por las limitaciones que le impone su condición (por ejemplo de escolar) o su ministerio (si es profesor, su conversación estará limitada preferentemente a los alumnos); y otro subjetivo fundado en la evaluación del sujeto a quién se trata, cuando se encuentra en ellos disposición para esperar frutos<sup>17</sup>.

Si se tiene en cuenta la doble función apostólica de la conversación a la que antes nos hemos referido se deshace este aparente dilema. Se trata en efecto del modo universal de relación personal del jesuita, que en determinadas condiciones alcance una mayor intensidad metódica.

En efecto, ante todo nos encontramos con la descripción de un modo de relacionarse del Jesuita permanente y universal. Designa algo que tiene mucho más alcance que una actividad apostólica. **Apunta a un modo de ser que configura su identidad** de un modo sustantivo.

Ser persona es ante todo ser *en* relación y *para* la relación. Dicho en términos cristianos, la persona se construye en la fraternidad, y está vocacionada a la comunión. Su relacionabilidad es la nota esencial de su personalidad. Pues bien, el jesuita es una persona en permanente y universal relación *apostólica*. Es decir que tiende siempre y con todos a establecer un modo de relación que ayude al crecimiento de la vocación divina del otro.

La finalidad apostólica de la Compañía, y en general el carácter apostólico del carisma ignaciano alcanzan en este punto su mayor radicalismo. Precisamente por el carácter permanente y universal que encierra la conversación. El jesuita vive para la misión apostólica no sólo

su la estrenua dedicación a la concreción histórica de la misma por medio de la obediencia, ni sólo por la actuación metódica de determinados instrumentos pastorales, sino también y sobre todo por su modo de relacionarse con todos. Por su modo de hacerse próximo en las distancias cortas del vis a vis, episódicas o continuadas que sean, donde siempre se produce una petición de principio inmediata de la respectiva autenticidad.

El apóstol, lo es de un modo permanente y universal, por cuanto contempla en todo hombre y mujer una persona llamada a la plenitud de Cristo, y se relaciona con ella, en la densidad interpersonal que consienta cada encuentro, poseído del deseo de su mayor bien.

¿No es precisamente esto, entre otras cosas, lo que encontramos en la vida de los santos? Existencias que iban dejando por doquier en cada encuentro una gota delicada de luz, de acogida, de esperanza, de dignidad, en la memoria agradecida de un compañero de viaje, o de hospital, o de un menesteroso, de un superior y de un inferior, de un alumno o profesor, de un laico o clérigo. Es en ese encuentro directo y personal, allende de todo artificio comunicativo, dónde cada uno se siente concernido sólo en la medida del altruismo del otro, patentizado sobre todo en su modo de conversar.

Sin embargo la conversación espiritual contemplada como una forma metódica de ayudar a los demás a percibir y responder de su propia vocación divina tiene un carácter selectivo. Digo forma metódica en cuanto a la intensidad y al carácter iterativo o secuencial de la misma. Bastantes recomendaciones de San Ignacio tienen este carácter metódicamente intensivo, por ejemplo cuando escribe al penitenciario mayor Antonio Puccio instándole a conversar *algunas veces e la semana con algunos de los nuestros* (18). Digamos de entrada que esta forma más específica de conversar se acerca mucho, incluso se solapa, con lo que en términos tradicionales se llama la **dirección espiritual**, o más recientemente se viene en decir **acompañamiento espiritual personal**.

La selección, como en el resto de las actividades, se realiza por medio de un discernimiento apostólico que tiene en cuenta los siguientes criterios:

1) Las limitaciones impuestas por la propia misión. Como cuando Ignacio recomienda a los profesores de los colegios conversar preferentemente con los alumnos<sup>19</sup>.

2) La condición o calidad del sujeto al que se ha de ayudar sistemáticamente con la conversación. A este nivel San Ignacio maneja como criterio príncipe la dedicación a aquellos de quienes se espera mayor fruto (20). Precisamente se trata del mismo criterio propuesto en los Directorios para la selección del candidato a los Ejercicios completos según la anotación 20. Y está directamente entroncado en la “economía apostólica ignaciana” con el criterio del bien más universal propuesto en las Constituciones. Una selección paradójicamente realizada en función de la universalidad, por el carácter multiplicador que tienen los propios dones en las personalidades más transitivas de ellos.

El *analogatum princeps* de este modo específico de conversar es la práctica de los Ejercicios Espirituales, es decir ese modo de relación esencializado y metódico a través del cual se proporciona *modo y orden* al Ejercitante. No en vano se repite con harta frecuencia el doblete de “conversaciones y/o ejercicios espirituales” y viceversa, de tal suerte que en algunos contextos queda al menos apuntada su respectiva sinonimia. En efecto entre los Ejercicios y la Conversación, entendida en sentido específico, tenemos algo más que un mero avicinamiento de intenciones apostólicas: La selección del candidato es semejante, ambas encierran un cierto maximalismo apostólico (lo que más ayude), a partir de un principio común de adaptación a la idiosincrasia del sujeto, suponen la aplicación de las reglas de discernimiento, y proceden con un “modo y orden” metódico.

Tanto es así que frecuentemente la Conversación espiritual se inscribe en un proceso de ayuda que contempla la fase particularmente intensa de los Ejercicios Espirituales en tanto que prelude preparativo de los mismos, o de corolario de maduración cristiana ulterior, o como una forma vicaria (con respecto a los ejercicios) de alentar y proceder al discernimiento y a la elección vocacional<sup>21</sup>.

### Las instrucciones de San Ignacio acerca del conversar

La importancia que San Ignacio atribuía a la conversación se desprende no sólo de las constantes alusiones sino también a las instrucciones impartidas a este propósito. Constituyen un *vadecum* práctico del modo de proceder en el trato con los demás. Son **reglas para conversar**. Entendiendo por reglas el significado que tiene esta expresión en los Ejercicios: Encierran un *corpus* con criterios de discernimiento y orientadores paradigmas.

El P. Mirón pide a San Ignacio en 1553 *algunas reglas para conversar con los prójimos*<sup>22</sup>. Ya esta demanda es de por sí reveladora de la tematización de este argumento en la Compañía. La respuesta de Polanco por comisión de San Ignacio vincula unas tales reglas al discernimiento más que a una teoría: ... *como consisten en discreción más que en doctrina, no se pueden dar sino algo generales*<sup>23</sup>. Con ello se nos da la pauta hermenéutica de las instrucciones ignacianas: Han de tomarse como reglas de discernimiento, y no como un cuerpo ordenancista de menudas disposiciones.

A parte de las indicaciones más breves diseminadas profusamente, en el epistolario nos encontramos fundamentalmente con **tres instrucciones particulares** sobre este tema: La primera es de 1541, dirigida a Broët y Salmerón apenas enviados por Pablo III a Irlanda<sup>24</sup>. La segunda es de 1546. La encontramos en el cuerpo de instrucciones apostólicas dirigidas a los PP. enviados al Concilio de Trento<sup>25</sup>. La última es un documento tardío que contiene una serie de avisos a los jesuitas de Portugal<sup>26</sup>. Vemos que en un arco de tiempo amplio hay una permanente insistencia sobre ello.

Cada documento tiene una peculiar orientación y propósito. El primero es el más originario y general. Mana directamente de la experiencia apostólica de San Ignacio, que como incipiente legislador y mentor de la Compañía, extrae de aquella, como de un precioso venero, las pautas de su gobierno apostólico. El segundo documento contiene unas reglas más precisas y concretas dictadas para un ambiente atravesado por encendidas controversias doctrinales. El último apunta a unas reglas de prudencia y recato que ha de observar el *religioso* en su trato con los demás.

En la pobre sinopsis que presento a continuación he reagrupado *per modum unius* los diferentes aspectos de estas **reglas para conversar** como si se tratara de la presentación arquetípica de **un ejercicio de conversación**. Algunos textos se repiten bajo diversos epígrafes. Por falta de espacio he incluido el texto de 1556 en los apartados temáticos. Las negritas son mías.

		Texto de 1541	Texto de 1546
Preámbulos	Riesgos y posibilidades		<i>*Primero. Así como en conuersar y tractar con muchas personas para la salud y prouecho spiritual de las ánimas con fauor diuino <b>mucho se gana</b>, por el contrario en la tal conuersación, si no somos uigilantes y fauorecidos del Señor nuestro, <b>se pierde mucho</b> de nuestra parte, y á las uezes de todas.</i>
	Carácter esencial		<i><b>*según nuestra profesión, de la tal conuersación no nos podemos escusar</b></i>
	Objetivo	<i>* En todas conuersaciones que queremos <b>ganar para meter en red en maior seruicio de Dios</b> N/S'</i>	<i>* para la salud y prouecho spiritual de las ánimas</i>

	Presupuesto teológico		<p><i>*con fauor diuino mucho se gana</i></p> <p><i>*si no somos uigilantes y fauorecidos del Señor nuestro, se pierde mucho de nuestra parte, y á las uezes de todas</i></p>
	E interlocutor	<p><i>*En el negociar con todos, y máxime con yguales ó menores según dignidad ó authoridad,</i></p> <p><i>*algunos grandes ó mayores en mayor seruicio de Dios N'S'</i></p>	<p><i>* con muchas personas</i></p>



	<p>L. a disposición interna</p>	<p><i>* Es de advertir que, si uno es de complexión colérica y conuersa con otro colérico, si no son enm á s i r e m o s todo de un mismo espíritu, a grandísimo peligro que no desconcierten en sus conuersaciones sus pláticas\; por tanto si uno conoce ser de complexión colérica, deue de yr etiam en todos los particulares cerca conuersar con otros, si es posible con examen ó con otro acuerdo de sufrir y no se alterar con el otro, máxime si lo conoce enfermo</i></p> <p>*</p>	<p><i>* quanto más fuéremos preuistos y por algún concierto endereçados, tanto descansados en el Señor nuestro no se mostrar afectado con su propio juicio no me apasionando por ninguno. con la maior quietud y humildad posible de modo que sintiesen en mí quando por bajo y por humildad, y mucho armado no por porfias algunas (1556)</i></p>
--	---	--	--

Método	Reglas de la empatía	<p>* <b>hablar poco y tarde, oyr largo y libenter, oyendo largo hasta que acaben de hablar lo que quieren</b></p> <p>* <b>venir en amor</b></p> <p>* <b>Para conuersar de, mirar primero de qué condición sea y hazer della, es á saber: es colérico y habla presto y regozijado tener alguna manera en conuersación modo en buenas sanctas cosas, y no mostrarse graue flemático melancónico. Que natura son recatados, tardos en hablar, graues pesados en sus conuersaciones tomar el modo con ellos, porque aquello es lo que le agrada\; <b>omnia omnibus factum</b></b></p> <p>* <b>y ganando su amor nuestras cosas mejor</b></p>	<p>* <b>Sería tardo en hablar, considerado y amoroso,</b></p> <p>* <b>[Ser] tardo en hablar, para ayudá[ndome] en el oir, quieto para sentir y conoçer los entendimientos, a ffectos y voluntades de los que hablan, para mejor responder ó callar.</b></p> <p>* <b>procurando de no dexar descontento á ninguno.</b></p> <p>* <b>baziéndome con todos y no me apasionando por ninguno.</b></p> <p>* <b>Finalmente, para conuersar y tractar en las materias adquiridas ó sinfusas, queriendo hablar en ellas, ayuda mucho no mirar mi otio ó falta de tiempo con mucha priessa, id est, no mi commodidad, mas traerme á mí mismo á la commodidad y condición de la persona con quien quiero tractar, para mouerle á maior gloria</b></p>
--------	----------------------	--	---

	Reglas de discernimiento	<p>* tengarnos con otros <b>la misma orden que el enemigo tiene</b> con una buena ánima todo ad malum, <b>nosotros todo ad bonum</b>, es á saber: el enemigo <b>entra con el otro y sale consigo</b>; entra con el otro no le contradiziendo sus costumbres, mas alabándose las; toma familiaridad con el ánima, trayéndola á buenos y sanctos pensamientos, apazibles á la buena ánima; después poco á poco procura salir consigo, trayéndole sub specie boni á algún inconueniente de horror ó ilusión, <b>semper ad malum</b>; así nosotros podemos ad bonum alabar ó conformar con uno cerca alguna cosa particular buena, disimulando en las otras cosas que <b>malas tiene</b>, y</p>	
--	--------------------------	---	--

	Reglas de la parquedad asertiva	<p><i>* d e s p u é s *</i>  <b>respondiendo a</b>  <b>las partes que</b>  <b>fueren, dar fin</b>  <i>dispidiéndose\;</i>  <i>repl ic a r e n</i>  <b>cortando las</b>  <b>réplicas</b> quanto  <i>puriere</i></p>	<p><i>* Sería tardo en</i>  <b>hablar, considerado</b>  <b>a m o r o s o</b>,  <i>maiormente cerca</i>  <i>definir las cosas que se</i>  <i>tractan ó son tractables</i>  <i>en el concilio</i>  <i>*Quando se hablare de</i>  <i>símiles materias ó de</i>  <i>otras, dar razones ad</i>  <i>utranque partem, por no</i>  <b>se mostrar afectado</b>  <b>con propio juicio,</b>  <i>procurando de no dexar</i>  <i>descontento á ninguno.</i>  <i>* No traería por auctores</i>  <i>personas algunas,</i>  <i>maiormente siendo</i>  <i>grandes, si no fuesse en</i>  <i>cosas mucho miradas,</i>  <b>haziéndome con</b>  <b>todos y no me</b>  <b>apassionando por</b>  <b>ninguno.</b>  <i>* Si las cosas de que se</i>  <i>hablare son tan justas,</i>  <i>que no se pueda ó deud</i>  <i>callar, dando allí su</i>  <b>parecer con la</b>  <b>maior quietud y</b>  <b>humildad possible,</b>  <b>concluyendo saluo</b>  <b>meltori iuditio</b></p>
--	---------------------------------------	--	---

	El ritmo	<i>* la despedida presta y graciosa</i>
	Regla de la	<i>* En todas</i>
		Texto de 1556
	Reglas de la prudencia	<p><b>No conuersaria con mugeres mozas y de poca manera, sino en iglesias, y muy público, porque á vna mano son leues, y hora sea vero ó falso, frequenter se leuanta mal humo de las tales conuersaciones, por ser ellas en general más ligeras, y no consantes en el seruicio de Dios N'S' , y después sus deuoziones muchas vezes se conuieren quándo en carne, quándo en fatiga para que las hagan limosnas para sus necesidades corporales. Si combersase con mugeres en las cosas espirituales, sería con nobles y con quienes ningún rumor se pudiese leuantar, sobre todo no hablando á ninguna muger á puertas cerradas, ni apretadas, <b>mas en público, que lo puedan ver para quitar todo murmurar y suspición. En todas conuersaciones espirituales procuraría de ganar más vn grado de prouecho seguro, que por ganar ciento ponerme en peligro, por hacer yo al otro más adelante, ó desconcertado con él, aunque yo tuuiese mucha razón\; porque vn escándalo, sea vero, sea falso, nos haze mucho más daño que si no se biziese más de la mitad de prouecho que Dios N'S' haze por nosotros, máxime en este tiempo y en tales lugares.</b></b></p>

Fruto	Confrontación o comunión	<p>* <i>baziéndome con todos y no me apasionando por ninguno.</i></p> <p>* <i>no se mostrar afectado con propio juicio, procurando de no dexar descontento á ninguno</i></p> <p>* <i>Tomaría por tema de <b>contentar á todos y á todas</b> que combersase y hablase, de modo que sintiessen en mí quando por bajo y por humildad, y <b>no por porfias algunas</b>, máxime en cosas que poco ó ninguna cosa importan. (1556)</i></p>
-------	--------------------------	--

Dejando de lado cuestiones ya tratadas, haré un breve comentario de algunos elementos más principales. En primer lugar, nos encontramos ante otro caso típicamente ignaciano de congruencia entre **fin y medios**. El intento de adherir fuerte y establemente el corazón al fin, es el principio de orden de la volición y de la acción, y guía la búsqueda de los medios contingentes más congruentes con aquél. El conversador ignaciano es un hombre apasionado por el bien del otro, por ayudarlo en la perspectiva de su fin último, de comprometerse denodadamente en su crecimiento y en todo lo que conduce para ello. Esta pasión de ayuda verdadera y universalmente dispensada en el contacto personal permiten entender la estrategia conversacional ignaciana. Ésta nada tiene

que ver con un tipo de sagacidad maquiavélica, sino con el puro propósito de convertir todo encuentro humano, al nivel que sea, en un acontecimiento de gracia.

No es valadí subrayar la importancia del **presupuesto teologal, esto es, de la ayuda de Dios** como condición indispensable para que tal evento de salvación se produzca. Somos mediadores de un amor que nos trasciende y que se vehicula en el encuentro interpersonal, toda vez que alcanzamos amorosamente el misterio del otro. El apóstol por la oración y por la intención vive temáticamente referido al Tercero divino del encuentro bipolar, que es en definitiva el autor de ese acontecimiento salvífico.

El hábito de entablar conversaciones fructíferas requiere una **adecuada disposición** en el propio sujeto. Es un ejercicio disciplinado y metódico que nada tiene que ver con un espontaneismo prisionero de las apetencias inmediatas. Sin embargo se trata de una disciplina semejante al entrenamiento deportivo: Requiere esfuerzo, y aún sufrimiento (*acuerdo de sufrir*), para poder llevar a cabo un modo de conversar connaturalmente positivo. No es una disciplina oprimente sino llevadera. Tanto aquí como en los Ejercicios la disciplina mira a una cierta connaturalidad: Ir *descansadamente* (EE 28).

Este dominio de sí (*por algún concierto endereçados*) es fruto de una **libertad interior apasionadamente adherida al bien del otro**. Al igual que en los Ejercicios Ignacio utiliza el lenguaje de la "indiferencia" para describir la madurez de la libertad madurada por y para el amor. Insiste particularmente en una **indiferencia tanto afectiva como intelectual**. La acendrada pasión por el verdadero bien del otro nos hace vivir lo suficientemente libres para buscar una verdad que nos trasciende. El sujeto entrampado en sus filias y fobias desordenadas o apegado sobremanera de sus representaciones intelectuales nunca será un buen conversador según la perspectiva ignaciana. Es decir, un hombre que ayuda al otro con su modo de tratarlo. Precisamente porque no acaba nunca de salir de su propio claustro interior. Vive normalmente en la permanente defensa de su yo, alimentando su egocentrismo afectivo, o defendiendo su endeble posición interna, demasiado enrocada en "sus" sentimientos e ideas.

El adiestramiento para la conversación implica un camino de

conversión psicológica y espiritual a la alteridad. En ese camino se alcanza un cierto grado de libertad cuando el sujeto es capaz de asumir lo que podríamos definir la **autopreterición del yo**. Es decir se hace capaz de descentrar su interés en el otro de tal suerte que todo lo “suyo” que relativizado al bien del otro. Evidentemente no se trata de una “relativización” omnímoda, por cuanto se desdibujarían sus convicciones y sentimientos fundamentales hasta el punto de comprometer la propia identidad (que implica la autoreferencia a una mismidad permanente en el tiempo). El patrimonio interior se hace relativo al bien del otro, en la medida de su vocación definitiva a la configuración con Cristo. Lo cual me hace vivir radicalmente eterocentrado con armas y bagajes afectivos e intelectuales. También porque “mi” propia vocación definitiva consiste en amar y servir, en vivir para que otros tengan vida, renunciando generosamente a la autocomplacencia relamida de mis logros, o consumiendo mis energías en defender la posición de un ego fatigosamente autoconstruido. La misma verdad salvífica que me ha alcanzado se autentifica en su capacidad de crear comunión y de trascender la relativa posición del yo, entroncándome con el otro amado y respetado por sí mismo, en el único misterio – el misterio de Cristo – que ha entrambos nos constituye. Estamos diciendo algo tan sencillo como esto: El amor verdadero comienza y se evidencia principalmente en nuestro talante relacional, en nuestro modo de conversar. Y ese modo de conversar **edificante**, esto es constructivo, en la antropología cristiana implica un profundo grado de abnegación propia relativa al crecimiento del otro. Tengo para mí que lo que he llamado la preterición del propio ego es el yunque de la verdadera mortificación del jesuita, más que cualesquiera otros rigores de la vida apostólica. Nos hace vivir permanente y universalmente volcados en lo que más conviene a nuestro interlocutor en todo el registro de nuestras conversaciones cotidianas, ya sean más coyunturales o más metódicas.

Pero, ¿cómo se conversa? Desgranemos ahora siquiera brevemente los aspectos fundamentales de las instrucciones ignacianas. Posiblemente lo más original y práctico a la vez se encuentre en lo que he llamado las **reglas de la empatía**. Muchos siglos antes que la psicología cantara las loas de la empatía como actitud fundamental de la comunión humana, por cierto en el contexto de un individualismo enfermizo, San



Ignacio nos deja estas maravillosas reglas que en su simplicidad son una guía segura en el estremecedor viaje al corazón de nuestro interlocutor.

Señalemos ante todo que no son fruto de una **teoría** aplicada con más o menos destreza. Son un decantado de la experiencia relacional del mismo San Ignacio, **dechado** de conversador con fruto. Luis Gonçalves da Câmara en su *Memorial* nos ha dejado elocuentes testimonios de ello<sup>28</sup>. Pareciera como si en estas reglas, San Ignacio, consumado y avisado conversador, se retratara a sí mismo. Con ello, con en tantas otras enseñanzas, aprovecha a otros con lo que ha probado útil para sí.

Estas reglas en modo alguno son una estrategia ladina para vender el propio producto, una maniobra artera para sojuzgar mentes y corazones. Menos aún la cansina e imprudente reiteración del apóstol poco avisado que obtiene sólo la victoria pírrica de quien se rinde para que no le den la palmada. Responde a un principio antropológico de enorme alcance: Sólo la relación amorosa redime al sujeto. Sólo una relación de amor, es decir presidida por el bien del otro, consigue vehicular convicciones y sentimientos que permitan al otro crecer. San Ignacio presupone también un preámbulo psicológico de este principio. Para que la persona abra el arcano interior, debe **sentirse** concernida por el grado de altruismo que el otro ha podido manifestar hacia sí misma. Un modo de comunicación centrado en el universo original del otro alcanzado fundamentalmente a través de una comunión de sentimientos. Esa suerte de comprensión de lo que el otro se representa interiormente desde el universo originario constitutivo de su identidad, es la puerta de una experiencia de comunión con el misterio mismo de la persona que queda allende de sus representaciones contingentes, y dónde se dispone al siempre más de su vocación divina.

*Hablar poco y tarde, oyr largo y libenter... Aiudándome en el oir, quieto para sentir y conocer los entendimientos, affectos y uoluntades de los que hablan, para mejor responder ó callar...* He aquí la regla de oro de la conversación ignaciana. La regla de la atención amorosa, empática, paciente que hace posible el **conocimiento interno** del otro, **para más amarle, y para más ayudarle** con un modo de comunicación (con la palabra y el silencio) verdaderamente atinente a su mayor bien, *Oyr largo y libenter...* No se trata de “aguantar” estratégicamente el monólogo del otro, ni de dispensarle las formas estereotipadas de una

estudiada simpatía comercial, ni del polemista que se agazapa rumiando una respuesta contundente, ni tampoco una escucha profesional comprada con honorarios. *Libenter*: Con gusto, de buen grado, de corazón, gratuita, derrochona de tiempo e de interés... Una escucha que engendra amor. Una escucha de tal calidad que se hará portadora de esperanza, en la medida que ayude al otro a través del piélago de sus representaciones internas a prestar atención a su núcleo originario: Ese arcano interior donde se alcanza a sentir la promesa de Dios a un más de vida, de amor y de libertad.

Como todo nuestro modo de proceder, para Ignacio la conversación está atravesada por el **discernimiento**. En las reglas para conversar encontramos una aplicación de las reglas generales de discernimiento de los Ejercicios Espirituales aplicadas a este evento. Son un condensado de las reglas de la 1ª y 2ª semana. Contienen básicamente dos cosas: 1ª la descripción de la estrategia general de la conversación que consiste curiosamente **en la estrategia del enemigo** (descrita en las reglas de la 2ª semana) **con la inversión del fin**. Y el comportamiento pedagógico propio que ha de seguirse en las situaciones de **consolación** y de **desolación**. Este comportamiento que resulta de la hermenéutica espiritual de los movimientos interiores descritos en las reglas de la 1ª semana, lo encontramos ya sucintamente propuesto en la anotación 7ª de los Ejercicios.

*Entra con el otro y sale consigo...* En otro momento lo presenta con la cita paulina: *omnia omnibus factus sum...* (Cfr. 1 Cor 9,22b). El propósito es claro: Una empatía al servicio de una relación de ayuda según el criterio del evangelio. No es una empatía que queda oclusa en el universo de las representaciones del otro. Está finalizada a su bien. Este bien último puede implicar una fuerte reorientación de sus sentimientos, convicciones y proyectos. Con todo, ese proceso, en el plazo que haya menester, no se realizará si la persona no se siente concernida por el mensajero de bien por medio de la comprensión previa de su propio universo interior. ¿No es acaso esta pedagogía la traducción psicológica de la vía salvífica de la encarnación del Verbo? *Nihil salvus nisi assumptus*. Por otra parte no se trata de la manipulación del sujeto para inducirlo a un fin desordenadamente interesado por parte del interlocutor. Una manipulación que también puede darse incluso bajo

capa de bien y de apostolado. Está al servicio de la búsqueda de la voluntad de Dios que se desvela sólo como un acto de libertad e implica la reorientación del individuo a la plenitud existencial a la que es llamado.

Además las reglas del discernimiento para conversar subrayan el talante de la comunicación según se encuentre el otro en consolación o desolación. Mucho más cordial, risueño e implicado afectivamente en la desolación; más circunspecto y sucinto en la consolación. Es de notar que este modo de proceder implica una conversión profunda de la propia afectividad. Requiere una afectividad más gratuita y generosa, que sepa dispensar el modo de atención que conviene, y que no se limite a autogratificarse con la resonancia “natural” de los sinsabores o de los consuelos del otro. La empatía en la desolación, que es una suerte de opacidad afectiva del misterio, supone compartir la incomodidad de esa atonía de la fe, como un tiempo de gracia; y por tanto acompañarla enarbolando siempre una bandera de esperanza, sin verse arrastrado por el apagamiento afectivo de los referentes fundamentales que el otro padece. Mientras que la conversación con el hombre consolado, esto es visitado por la fruición de lo que lleva derechamente al amor del Señor y de la práctica del evangelio, deberá proceder de un modo más continente, porque el otro no necesita más, y porque una resonancia demasiado euforizante podría incluso distraerlo del misterioso manantial de donde dimana y al que tal experiencia está últimamente finalizada.

Lo que he venido en llamar **reglas de la parquedad asertiva** constituyen indudablemente otro de los “secretos” de la conversación ignaciana. ¡Qué lejos están de la caricatura de un Ignaciano avasallador e impositivo! Por el contrario Gonçalves da Câmara nos pinta un conversador amable y discreto, que nutría un aborrecimiento connatural a un modo de conversar intelectualmente pesado o impositivo, cargado de sentencias irremovibles. Resulta bien curioso que un hombre como él, tan poco dado a la chanza de baja ley, al juego peligroso de la ironía, o a las alusiones críticas, llamaba *decretistas* a los que en la conversación ordinaria dispensaban sentencias a troche y moche sobre todo lo humano y lo divino<sup>29</sup>, ¡Cuánto bien pueden hacer estas indicaciones a tanto autovocacionado a “arreglar el mundo” con la imposición de sus ideas tanto más simplonas cuanto más gratuitamente seguras!

Este modo de proceder Ignacio lo atribuye certeramente al apego desordenado al propio juicio, siempre limitado y parcial. No es constructivo por cuanto tiende a suscitar convicciones serviles o a despertar la polémica. No es más que una señal del propio engreimiento. Un mal que inficiona con harta frecuencia tanto la comuniones públicas cuanto las tertulias privadas.

Se me ofrece que esta parquedad asertiva ignaciana tiene un doble fundamento: En primer lugar es poco eficaz por una razón antropológica. Las convicciones verdaderamente fructuosas se alumbran en el hontanar de la propio interioridad y van del brazo de experiencias de profunda libertad. El conversador que quiera orientar al otro, es decir, servirle pacientemente en ese íter hacia ellas, tendrá que contentarse, vez por vez, por transmitir sólo los contenidos que pueda asumir y que le oriente a partir de lo que realmente está experimentando.

La otra razón está más vinculada a la teoría del conocimiento y a la concepción de la fe cristiana: El abanico de verdades sustantivas es reducido. Además se alumbra en la dinámica interpersonal de una búsqueda común, y se verifica en una experiencia de comunión en torno al único fundamento que a todos nos constituye y a la vez a todos nos trasciende en nuestra singular perspectiva.

Por otra parte la polémica casi inevitable que suscita este autoritarismo expositivo es casi siempre inútil y distractiva. La conversación ignaciana incluso en los niveles más cotidianos tiende a ser una especie de **conversación esencial**. Es decir un modo de relacionarse que ayude al otro a centrar su atención en la verdaderamente fundamental. Las escaramuzas dialécticas distraen de este objetivo, deagastan y hacer perder muchas energías a veces en fruslerías, porque no manan del incontaminado propósito de servir a la verdad, sino de afirmar desordenadamente el propio ego.

El conversador ignaciano de ninguna manera es un hombre descriteriado, al viento de cualquier doctrina. En el seguimiento de su Señor Jesucristo se ha alojado firmísimamente en las convicciones de la comunidad eclesial, en las formas sustantivas en las que ésta se reconoce. Precisamente por ello, a la hora de manifestar sin sonrojo sus convicciones, cuando y en el modo que conviene, lo hace siempre con profunda **humildad**. Como quién manifiesta algo que se le ha regalado,

que no le pertenece, y que apunta a la revelación en Jesucristo del **Deus semper maior**: Un patrimonio universal del que la que la Iglesia es garante.

Finalmente en el documento más tardío San ignacio hace hincapié en **unas reglas sobre la prudencia**. Pone límites a la conversación con determinadas personas, y en determinados tiempos y lugares. Dejando de lado las expresiones más arcaizantes, no las podemos tirar por la borda. ¡Cuántos buenos apóstoles se han perdido por imprudencias en su modo de relacionarse y de conversar!

Las Constituciones de la Compañía contemplan en el jesuita el perfil de un hombre con donaire natural para relacionarse, incluso en su porte más exterior. Contemplan a su vez una formación tal que lo haya entrenado abnegadamente a la flexibilidad y generosidad de un sujeto capaz de tratar con todos de una manera constructiva y fructuosa, desde un mancebo a un brillante intelectual, desde un cargador de muelle a una dama de alto copete. Pero su modo de hacerlo será tanto más prudente cuanto más abierto y flexible sea su campo de acción. Tanto en el ámbito más recóndito cuanto en el más público. Como si todo pudiera llegar a saber sin desdoro alguno.

Y no solamente movido por la prudencia interior que brota de la identidad perfectamente asumida del **hombre consagrado**, sino también por la ejemplaridad social que todos sus actos deben provocar. Lo primero le evitará engolosinarse con relaciones afectivamente gratificantes que lo distraen del limpio propósito de ayudar al otro/a. Lo segundo le ahorrará dar pábulo gratuitamente al escándalo, aún sin fundamento alguno en la intencionalidad de quien lo puede suscitar. Tal escándalo supone dilapidar un crédito social que nos es del todo punto necesario como individuos y como cuerpo apostólico para ejercer nuestro ministerio sin sombra de duda.

### **Conclusión: Convertirse para conversar**

Ya dijimos que “conversar” y “convertirse” vienen etimológicamente de la misma raíz. En su sentido más radical y profundo, **conversar es convertirse al misterio del otro, es convertirse a la alteridad**. Salir del valladar del propio claustro interior y de sus mecanismos de

defensa para convertirse en un servidor del otro, con el arma más humana, más sutil, más inmediata y universal, más iluminadora y más acerada, más evidenciadora de la propia madurez, y más sufridora de enseñorearse de ella: la palabra.

Saber conversar supone una profunda y permanente **abnegación**. Para el jesuita es algo **consustancial con nuestro modo de proceder**. Por tanto debe ser objeto de **constante conversión**. Un giro siempre permanente hacia el bien de todos aquellos con quienes cotidianamente nos relacionamos. Es en las distancias cortas donde mayormente se verifica el espesor de nuestra personalidad y el bálsamo de nuestra caridad. El apóstol verdadero no sirve a un ente abstracto y sin rostro: Se hace próximo de sus hermanos llevado por el interés de sus vidas y de sus personas, y depositando en su corazón una palabra que construye.

¡Qué puedan brillar estas reglas ignacianas en nuestros encuentros casuales, en nuestros diálogos más reservados, e incluso en el modo oportuno y humilde de presentarnos en público, de tal suerte que cada miembro del auditorio pueda sentirse inmediatamente concernido con una palabra estimulante vertida para sí!

GERMÁN ARANA, Sj. Superior de la Comunidad Jesuita de la Pontificia Universidad Gregoriana, Roma.

## NOTAS

1. En la última edición del DRAE la primera acepción es : *Hablar con otra u otras personas*.
2. Charlton T. LEWIS - Charles SHORT, *A Latin Dictionary*, Oxford Clarendon Press, 1879.
3. *Cons*[60].
4. *Cons*[649]
5. *Cons*[18][21]
6. *Cons*[186].

7. MI, *Ep* III,501. Cfr. expresiones semejantes en *Ep*. V,13-14; X,571; XI,11.

8. *Ep*. I,80.

9. *per publicas praedicationes, lectiones et aliud quodcumque verbi Dei ministerium, ac spiritualia exercitia, puerorum ac rudium in Christianismo institutionem, Christifidelium in confessionibus audiendis ac caeteris Sacramentis administrandis spiritualem consolationem, praecipue intendat; et nihilominus ad dissidentium reconciliationem et eorum qui in carceribus vel in hospitalibus inveniuntur turpium subventionem et ministerium, ac reliqua charitatis opera, (FI,1)*

10. Cfr. *Ep*. XII,252

11. Cfr. *Ep*. IV,411

12. Cfr. Cons [437][461][496][814].

13. Cf. *Ep*. I, 389.544; II, 490; III, 510.549; IV, 59; VIII, 66.687; IX, 515.596.601.708; X, 507.571; XI, 548; XII, 252.

14. *Ep*. I, 389.

15. *Ep*. I, 387.

16. *Con la conversazione spirituale tutti possono aggiutare quelli che si trattano (Ep. IV,411).* Cfr. *Ep*. III, 546.9

17. *...maxime trouando in loro dispositione per sperar frutto (Ep. VII,269).*

18.- *Ep*. I,295.

19. Cfr. *Ep*. VII,269-270.

20. Cfr. *Ep*. IV, 411.

21. Para San Ignacio la conversación espiritual es un instrumento necesario para ayudar a los candidatos a la Compañía y para conocerlos adecuadamente: Cfr. *Ep*. IX,601.

22. *Ep*. V, 380

23. *Loc. cit.*

24. *Ep*. I, 179-180.

25. *Ep*. I, 386-9.

26. *Ep*. XII, 676-678.

27. Ej [18]

28. Cfr. Ns. 153, 192, 199, 202-4, 221-2, 227, 238, 250-1, 256b, 280, 289, 297, 362, 379. Recomiendo la excelente edición del *Memorial* publicada en la *Colección Manresa*: BENIGNO HERNÁNDEZ MONTES, *Recuerdos Ignacianos*, Santander-Bilbao, 1991.

29. ... *había una cosa en el modo de hablar que no podía aguantar, no solamente en los de casa, pero ni siquiera en los de fuera y era el hablar rotunda y autoritativamente, como quien promulga leyes y decretos; por ejemplo: "es necesario que se haga tal o cula cosa; esto no tiene otro remedio más que éste; la verdad es ésta"; y otros modos de hablar semejantes. Ya los que empleaban tales expresiones los llamaba Nuestro Padre "decretistas" y, como digo, las corregía...* Gonçalves da Câmara, *Memorial*[204], op.cit. pag 152-3. La negrita es nuestra.